

## Renacimiento y Modernidad

Jorge Velázquez Delgado

Universidad Autónoma  
Metropolitana-Iztapalapa

### RESUMEN

Por ser un tiempo histórico que, como dios Jano, mira al pasado y al futuro, el Renacimiento, como experiencia histórica ubicada en la ciudad de Florencia durante los siglos XIV y XV, muestra una extraordinaria resistencia a su determinación. Pues por un lado se le cuestiona su identidad y parentesco con el pasado greco-latino y medieval y, por otro, a su relación con la modernidad. Es por ello que se le ve como una incómoda pero interesante edad bisagra que al expresar sus propias motivaciones culturales, establece un apasionante juego de temporalidades a través de las cuales se quiere descubrir al enigma del nacimiento del hombre moderno.

**PALABRAS CLAVE:** Tiempo histórico - civilización occidental - Humanismo - Mundo moderno - Cultura del Renacimiento

*"Al descubrimiento del mundo se añade la cultura del Renacimiento una hazaña mayor al ser la primera que descubre, íntegra y plenamente, la substancia humana, y logra sacarla a la luz"*

Jacob Burckhardt

En el ya viejo debate en torno al problema de la modernidad, sus orígenes, fundamentos y horizonte de futuro que se le atribuyen sean estos reales o ficticios, posibles o imaginarios, existe la admirable actitud que, rayando en la cortesía, nunca desborda tales marcos en razón de

no saber qué hay más allá de la declaración de ser el Renacimiento la feliz aurora de la modernidad.

Considerando que hasta la fecha no ha sido posible establecer la imagen histórica que contribuya a esclarecer un sin fin de puntos oscuros y turbios del Renacimiento, a develar un poco lo verdaderamente ocurrido en ese vital proceso histórico-cultural, este nuevo siglo XXI se encuentra colocado en una posición muy diferente para abordar desde otros horizontes de comprensión a este ya viejo problema de saber y determinar qué es el Renacimiento. O bien, simplemente para establecer cuáles son para estas nuevas generaciones que se interesan y adentran en este interesante momento de la historia, cuáles son las líneas más significativas entre dicha aurora con las realizaciones, logros, límites y alcances de la modernidad. Sin embargo y no desconociendo lo que representa el problema de la idea de Renacimiento y sus indiscutibles nexos con la configuración y desarrollo de la modernidad, no se deja de pensar que, al igual como ocurrió con el último tramo del siglo XX, en este nuevo siglo el Renacimiento continuará siendo parte de "los problemas más dramáticos de la historiografía de fin del siglo XX" (Batktin, 1990, 228) En el campo de la filosofía los cambios que han ocurrido en ese fin de siglo invitan a reconsiderar muchas cosas. Entre ellas el lugar que debe ocupar el Renacimiento y el conjunto de sus producciones filosóficas en la discusión por re fundamentar a nuestros presupuestos y criterios filosóficos.

Desde una mirada superflua y poco crítica de la cuestión, se piensa que las líneas de continuidad ente el Renacimiento y la modernidad constituyen un fuerte enramado que convierte a esta relación en algo indisoluble. Pero, viendo las cosas en detalle es sorprendente encontrar que en esta relación todo llega a ser indeleble; razón por la cual hay que hacer esfuerzos verdaderamente extraordinarios para mantener una continuidad histórica en la que sólo interviene lo imaginario. Un imaginario histórico nunca exento de ficción historicista. Desde una visión filosófica del problema, existe otra ruta de indagación que quiere mantenerse ajena a todo historicismo. Sin pretender con ello negar sus nexos con la filosofía. Lo que en todo caso se asume aquí es a la modernidad como un ideal de carácter inmanentista cuya única lectura posible depende de

los fundamentos filosóficos, ético-políticos e históricos que ella misma expone. Fundamentos entre los que por su propia naturaleza dominan y destacan los de facturación historicista. Lo que importa en esta lectura sobre el Renacimiento no depende de la objetividad material a partir de la cual se erigió este proceso histórico-cultural; lo importante son las fuerzas éticas, políticas filosóficas, científicas e históricas con las cuales nos entendemos con este extraordinario proceso histórico. Las artísticas son, como se sabe ampliamente, un fenómeno que al mostrar incuestionablemente sus referentes autónomos, adquiere una especificidad incuestionable. Al menos en lo que respecta a la imagen idealizada que hasta hoy se tiene del Renacimiento. Lo que aquí se entiende por modernidad es la imagen que el hombre greco-europeo ha forjado del mundo a partir de asumir a la modernidad como una civilización superior que tiene por origen y raíz a la experiencia histórica del Renacimiento a esa dichosa aurora de la moderna civilización occidental.

Si los orígenes de la moderna civilización occidental se encuentran en el Renacimiento, el desarrollo, despliegue y autorrealización de la civilización o cultura del Renacimiento es -de acuerdo con una interpretación que sólo quiere ver a la civilización occidental como una realización histórica sin contaminaciones, incrustaciones culturales externas o pretéritos incómodos-, una de sus más significativas realizaciones dada la adopción de los valores e inquietudes de la antigüedad greco-latina. La cosa es complicada y esto va más allá de ver en Grecia antigua algo más que el milagro parturiento que funda a la civilización occidental. O de otorgarle al Renacimiento una naturaleza latina.

No se niega que el Renacimiento subsume los valores greco-latinos y los impulsa; cediéndoles nuevos significados pero sobre todo *presencialidad* y vigencia histórica como quizá no había ocurrido antes debido a la hegemonía de los valores cristianos sobre los paganos. Por decirlo de este modo: con el Renacimiento esos valores pasan a ser parte y patrimonio de una nueva multiplicidad simbólica que ha dado motivos claros y suficientes como para hablar o hacernos dudar de una relación que al parecer es evidente. Pues es también bastante evidente que en el Renacimiento sus extraordinarias e insuperables individualidades artísticas, literarias, científicas, políticas y, por qué no, sus ejércitos de artesa-

nos, arquitectos, guerreros, ingenieros y artesanos, supieron imprimir una originalidad sin precedentes a cada una de sus acciones, a cada una de sus obras. Lo que se discute es si en éstas existe o no una subordinación incondicional a los referentes clásicos. O si son producto de una época embriagada por la belleza como principio vital de una civilización que ve en la antigüedad un modelo o ideal de belleza digno de ser superado; en tal sentido y justo por no ser un ejército de imitadores pero si la expresión histórica del reconocimiento de ciertos principios y valores estéticos. De una concepción de la belleza que por su indiscutible fuerza vital se pensó que ésta no sólo debería llegar hasta el rincón más profundo del alma humana; sino que debería invadir hasta el rincón más oscuro de la vida cotidiana. La urbe se erige de este modo también como parte de una actitud vital en la que todo quiere ser obra de arte.

Lo que ontológicamente descubre el Renacimiento es una relación humana en la que se señala que todo lo que se encuentre más allá de las manos de Dios, es artefacto. Una realidad forjada por la acción humana. En donde cada objeto particular es producto de un sin fin de relaciones del hombre con su mundo circundante. Lo artificial es el enjambre de cosas producidas por manos humanas. Cosas reales o imaginarias. Esto incluye a las instituciones políticas, sobre todo a la más representativa e importante de las relaciones históricas de la modernidad, nos referimos, en efecto, al Estado pensado también en términos renacentistas, es decir, como un artefacto, como una obra de arte. (Burckhardt, 1942) Lo que se descubre es al hombre como un ser finito rodeado por una infinidad de entes igualmente finitos; limitados por las fuerzas del tiempo. Lo que se pretende con esta nueva actitud ante el mundo, es dar espíritu a cada ente, darle eternidad a través de la belleza que contiene o que se le otorga por medio de la acción humana. Por medio del trabajo humano.

El hombre del Renacimiento considera que su acción o trabajo debe ser valorado desde criterios diferentes a los del mundo antiguo. En particular por responder dicha acción a sus pretensiones artísticas. O a un mundo apegado a valores mundanos en los que la vida contemplativa llega a ser cada vez menos importante. Incluso para el desarrollo de la individualidad de cada quien. Pues el individualismo entendido aquí

como la invención de sí mismo, exige obedecer determinados criterios en los que importa no sólo el buen gusto --cosa ya de suyo importante- sino principalmente con apego a una acción calculada. (*Ibidem*).

Son tales principios y valores los que hacen sospechar sobre el rechazo que en el fondo expresa el hombre moderno hacia ese pretérito que admira pero que lo sabe incomodo a su propia subjetividad. A su propio modo de vida. A sus fundamentos existenciales, vitales. La fractura es clara y esta determinada por dos modos de racionalidad; por el modo de pensar a la acción y al trabajo humano que históricamente han resultado ser irreductibles. Pues la racionalidad que rige y orienta al mundo moderno no es la que define a las actitudes vitales del hombre del Renacimiento. Es una racionalidad que, al igual que la del Renacimiento, es instrumental en cuanto que persigue ciertos fines, como todo forma de racionalidad. La diferencia estriba en que del cálculo consciente se espera un beneficio, particularmente económico, y no una obra de arte. Existe aquí una diferencia civilizatoria sustancial. Misma que aleja al hombre moderno de las más sentidas motivaciones de la civilización del Renacimiento. Pero, desde otra perspectiva habría que reconocer que los verdaderos maestros del hombre moderno no fueron los artistas, científicos y filósofos del Renacimiento. Fueron sus artesanos, comerciantes y banqueros (ver Renard, 1980).

Para la conciencia moderna el Renacimiento si bien es una extraordinaria edad histórica de invaluable hazañas que continúan lanzando interrogantes en diferente sentido, fue también un tiempo en el que incuestionablemente predominaron formas tiránicas y violentas de relación política. Cosa muy cierta pero, paradójicamente, nada objetiva. Lo verdadero es la existencia de formas de organización política en las que incluso la filosofía política de la modernidad no deja de reconocer a su invaluable legado republicano y democrático. Los regímenes políticos del Renacimiento fueron, como en toda circunstancia histórica considerada en su complejidad y como bien lo enseña Nicolás Maquiavelo en su *Príncipe*, de diferente y encontrada naturaleza. La imagen política que ofrece la cultura del Renacimiento es la de una generalizada ilegitimidad en la cual lo único legítimo es, al decir de Federico Chabod, *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo (Chabod, 1984).

Desde una lectura sesgada del fenómeno político en el Renacimiento italiano se tiene, en efecto, la imagen de que ahí sólo predomina la tiranía y la violencia. Pero analizando objetivamente la cuestión, se demuestra que si bien las oscilaciones políticas dependieron de un ambiente generalizado de violencia en las que incluso el veneno y el puñal se convierten en referentes obligados para la comprensión de esta época, es en esa experiencia en donde encontramos los principios y fundamentos del Estado moderno. Con las formas modernas de relación o dominación política, la violencia no ha encontrado fin. Por ello, ésta no es una cualidad específica del Renacimiento. Como no lo es tampoco la crueldad. Fenómeno que por cierto ha dado pie a la proliferación de una pléyade de libros de literatura histórica que desde entonces no tiene descanso.

Sobre la crueldad, J. A. Symonds realiza una descripción más objetiva pero no menos apasionada del fenómeno, queriendo con ello evitar la fácil valoración de un fenómeno histórico como este. Al respecto este importante estudioso del Renacimiento sostiene lo siguiente:

Cabe preguntarse si esta clase de hombres no serán locos, si un Nerón, un mariscal de Retz o un Ezzelino con el placer de hacer mal y de sed de sangre no serán una perversión monomaniaca de bárbaras pasiones que hasta en un caníbal habría que considerar como mórbidas ¿Existe, en realidad, eso que se llama hematomanía, la locura sanguinaria? Si aceptásemos esa categoría ¿a cuántos Visconti, Sforzeschi, Malatestas, Borgias y Farnesios, a cuántos príncipes de las casa de Anjou y de Aragón tendríamos que incluir en ella, como maníacos? En realidad Enzzelino no hace más que encabezar un largo y espantoso cortejo, y si nos parece el más aterrador de todos, es simplemente porque fue el primero, anunciando y anticipando a todos los demás (Symonds, 1987, 71)

Como se sabe, las formas y métodos de violencia y de crueldad entre antiguos y modernos no son parangonables. Pero siguiendo la idea de la existencia de la relación entre el Renacimiento y la modernidad, habría que aceptar que, de acuerdo con Symonds, es en ese momento

histórico que anticipa y anuncia a la enorme violencia y crueldad de la civilización moderna. Con esto lo que se quiere decir es que no basta con ver únicamente la cara amable del Renacimiento en el proceso de legitimidad de una civilización presuntuosamente superior a todas las que le han antecedido. Por ser sus facetas oscuras las que también contribuyeron a forjar al mundo moderno e incluso de nuestra propia idea de modernidad como el ideal de una civilización en la que se pretende desarrollar una vida civilizada a partir de principios de carácter ético-políticos. La cuestión no es si la conciencia moderna censura a la violencia y a la crueldad. El punto es que durante el Renacimiento a la violencia y a la crueldad se les consideraba como parte de la naturaleza de las cosas de este mundo y, por lo mismo, como una necesidad. Con la modernidad las cosas han cambiado radicalmente. En particular por pensar que ni una ni otra dependen de la necesidad. O por ser una relación no siempre justificada o legítima.

El punto da mayor acercamiento que existe entre el Renacimiento y la modernidad radica en las actitudes críticas que despliegan en un doble sentido: en cuanto a las formas tradicionales (medievales) de reproducción socio-cultural y en cuanto a las tendencias dominantes de la época. Desde este doble referente es posible afirmar que el espíritu crítico de la modernidad tiene por heredero más representativo al movimiento ilustrado que arranca en el siglo XVIII. Un movimiento en el cual los referentes o incrustaciones humanistas son de gran importancia y significado. Sin embargo, en este caso como en tantos otros, la relación es invariablemente objeto de una interesante y a veces apasionada polémica. En especial cuando se piensa que entre el Humanismo renacentista y la Ilustración son pocas las referencias identitarias que guardan entre sí. Que la Ilustración es un movimiento autosuficiente y, por lo mismo, no guarda ninguna relación con el Humanismo renacentista; por ello la Ilustración no mantiene deudas hereditarias con dicho Humanismo.

Ahora bien, justo por ser un tiempo histórico que al igual que el Dios Jano mira hacia el pasado y hacia el futuro, la cultura del Renacimiento, como un movimiento espacial y temporalmente ubicado en la experiencia histórico-cultural de la ciudad de Florencia durante los siglos XIV y XV, muestra una muy comprensible resistencia a su deter-

minación en ese doble aspecto: en relación al modo en como acepta o asimila su proyección histórica hacia el pasado greco-latino con el cual suele ser caracterizado e identificado, y en referencia al modo de relación histórica que ha sostenido con la modernidad (ver Velázquez, 1998)

Es este doble aspecto que contiene el Renacimiento lo que hace verlo como una indescifrable o incómoda edad bisagra. Como una edad que al expresar sus propios referentes vitales y sus oscilaciones o humores temporales establece, quizá como ningún otro tiempo histórico determinado, un interesante juego de temporalidades en el cual, entre otras cosas, lo que se quiere es descubrir al verdadero enigma del nacimiento del hombre moderno.

De ahí que el problema radical de la modernidad continúa siendo el mismo, es decir, el hombre pero no entendido más como de un drama teológico o cosmológico, sino en la estrecha relación consigo mismo, con su entorno natural y social. En resumen, el hombre comprendido en su verdadero drama histórico. El punto de verdadera confluencia y relación entre la multitud de motivaciones y oscilaciones entre el hombre del Renacimiento y el hombre moderno radica en esto último: en que en el Renacimiento no sólo están las piedras angulares de la racionalidad científica que define las actitudes y temperamento del hombre moderno, sino también los principios de una mentalidad histórica. Es decir, de un modo objetivo para la comprensión de la experiencia humana como lo que es: vital experiencia histórica.

Es en el campo de la historia en donde mejor se dejan sentir los ecos profundos del pasado. En donde mejor se refleja el llamado culto a la antigüedad. Es donde se encuentran las razones y motivaciones que llevaron los espíritus egregios del Renacimiento a verse reflejados en un pasado al cual aún se dejan sentir sus pálidos ecos. El pasado greco-latino no es simplemente un recurso al que se echa mano una vez que se piensa que es mejor dar lucha frontal a una decadente situación histórico-cultural como era la medieval. Como es ese culto, al decir de Marcel Brion, algo más que una simple cuestión de gusto estético: ¡es una religión! (Brion, 1970, 70)

Pero, sin dejar de ser un campo de tensión en el que compiten con rango de igualdad el realismo, el ingenio y la imaginación al interior de

una insuperable cultura que sabe traducir de forma magistral e inigualable el arte a la fantasía, en esta experiencia, justo por ser una *cultura de lo fantástico* (Couliano, 1987, 284), el problema que afronta la historiografía del Renacimiento es ver en esa cultura la proyección de una racionalidad específica en la que todo tiende a ser producto de una imagen o de una multiplicidad simbólica que no deja de proyectar a una entidad colectiva (la ciudad) o a un personaje o individualidad concreta, sea esta el príncipe, el artista, el mecenas, el artesano, la mujer, el condotiero, o el cortesano, que de igual modo resulta ser la síntesis de los ideales y deseos de esa entidad colectiva.

Como género historiográfico específico y como modo de narración concreta, la biografía en el Renacimiento busca resaltar así los rasgos individuales (psicológicos) de un personaje histórico, como busca a la vez mostrarlo como parte de dicha entidad colectiva. La ciudad y el individuo son por ello inseparables personajes de un mismo drama histórico-cultural. Sin embargo, la narración no debe dejar de lado los cánones impuestos por los grandes maestros latinos. Este imperativo es una aduana insalvable, algo indiscutible. Como es algo que contribuye a hacer de la narración misma una creación consciente y calculada, al igual como ocurre con cualquier otro producto del tiempo. La biografía no evita ser también una obra de arte.

Es bastante claro que la mentalidad histórica del hombre del Renacimiento carece de sentido alguno para las pretensiones de la modernidad. En rigor, esta mentalidad no responde ni obedece a ningún desplante, presupuesto o fundamento de temple historicista. Como tampoco a un imaginario de inmanencia a pesar de haberse desatado en este tiempo de forma admirable el imaginario utópico. Un imaginario que, en todo caso, obedece más a razones de carácter escatológico que tienen que ver con la mundanidad conquistada a costillas del espíritu religioso de la medievalidad; o con el problema de la secularización moderna, que a otros criterios o fines. Por decirlo de esta manera: los géneros historiográficos que promueve la civilización del Renacimiento responden más a la inquietud de narrar lo ocurrido sin caer por ello en excesos retóricos. Se narra de este modo a partir de tres fuerzas incuestionables que son inherentes a dicha mentalidad: el ingenio, la imaginación y la fanta-

sía. Desde este punto de vista no es correcto hablar de una ilegitimidad histórica o de una ilegitimidad científica. Pues dicha mentalidad y dicha temporalidad no requieren ser valoradas a partir de un criterio que sólo demostraría la pedante soberbia de los modernos con respecto a toda formación histórica precedente.

En estos términos se llega a estar plenamente de acuerdo con Ugo Spirito en el hecho de considerar que lo que abre el Renacimiento es exclusivamente el problema de la autoconciencia, heredando a la modernidad el problema de su fundamentación o eventual solución (Spirito, 1945, 137) La cuestión no es acusar de irresponsables a los renacentistas al plantear un problema al que no le dan solución. Pues este no era su problema. Es el nuestro como ha sido el mismo que ha recorrido la modernidad a lo largo y ancho de toda su historia. Lo que los renacentistas descubren es todo aquello a lo que los modernos así como la conciencia histórica de la modernidad (Ver Velázquez, op. cit) se ha visto obligada a desarrollar y, eventualmente, a resolver. Independientemente que en su intento y al exponer sus propias motivaciones y fines, en la modernidad estos se hayan visto desviados o se hayan marginado o censurado las motivaciones de todo lo que reconocemos por esa palpitante cultura.

Es en tal sentido que se debe reconocer que desde la modernidad jamás se ha dejado de interrogar sobre las variantes más significativas y representativas de dicha cultura. Estableciendo incluso parámetros de comprensión para cada uno de sus más sensibles tópicos histórico-culturales. Es indudable que por su trascendencia e innegable influencia y significado para la autocomprensión de la modernidad o de su destino, esas variantes o tópicos se reduzcan a tres campos problemáticos. Tales campos son: la ciencia, el arte y la política en el Renacimiento.

Es en el terreno del arte en donde se reconoce la indiscutible e invaluable aportación, trascendencia y autonomía de esta cultura. En el caso de la ciencia existe una dura polémica que ha la fecha no ha concluido. Las posiciones aquí son sumamente encontradas y van desde quine sostiene que en el Renacimiento no existe ninguna mentalidad científica en términos modernos; que ahí lo que se encuentra son débiles balbuceos, pálidos referentes en la configuración de dicha mentalidad

que es, por cierto, la mentalidad distintiva del mundo moderno. Que lo que predominó en todo el Renacimiento llevado hasta sus antípodas, es decir, hasta Giordano Bruno, son actitudes y desplantes anticientíficos o simplemente magia, numerología, kabbalismo o astrología. Hechicería y superstición. Cediendo un poco, se concede que lo que existió ahí fue un caudal de manifestaciones protocientíficas o precientíficas. Y existe también quien sostiene que en el Renacimiento se establecen ya con toda naturalidad y derecho los factores históricos como para definirlo como una edad científica. En el caso de la política la cuestión presenta menos polémica una vez que se genera el consenso generalizado de que es en el Renacimiento cuando nace el Estado Moderno a la par de la ciencia y la filosofía política moderna con Nicolás Maquiavelo (ver Velázquez, 2006). En el caso de las otras grandes variantes y tópicos renacentistas en general tienden a ser considerados como algo menor o que depende de las inquietudes y tendencias historiográficas y debates del tiempo. Desde nuestra experiencia debemos decir que en modo alguno cada una de ellas merece ser considerada en su complejidad y concreción. Por no merecer ser relegadas a un segundo término como es lo que suele ocurrir en estos casos. Nos referimos aquí a problemas como llegan a ser los que de forma somera anunciamos: el mecenazgo, la moneda, la religión, la vida cotidiana, la mujer, la vejez, el trabajo, la culpa, la fantasía, el arte efímero, el carnaval, el individualismo, la guerra, etc.

En todo caso lo que a fin de cuentas es importante para establecer líneas de indagación entre el Renacimiento y la modernidad es la forma en cómo a partir de la modernidad se determina al Humanismo y a la filosofía, a estos dos indiscutibles movimientos transversales de la historia. Sin duda alguna el Humanismo es una de las más trascendentes experiencias históricas del Renacimiento. Se entiende aquí por Humanismo a un movimiento intelectual y cultural que va de Francesco Petrarca a Nicolás Maquiavelo. A una importante e invaluable experiencia histórica ubicada en la ciudad de Florencia. La pregunta radical que cabe hacer aquí es: ¿qué queda de ese movimiento como reivindicación y como programa a realizar? (Cfr. Rico, 1993) Tal vez de este vibrante proceso que abre de forma radical la secularización moderna y configura a la vez a la compleja y extraordinaria individualidad del hombre del

Renacimiento no quede nada, o quizá mucho si en particular fijamos la mirada en las irrupciones republicanas que subyacen en la lucha por el poder en la historia de los últimos cinco siglos (cfr. Marramao, 1989).

En el caso de la filosofía del Renacimiento la cuestión presenta infinitas y muy agudas aristas. El problema aquí es, como en otros tópicos renacentistas, una cuestión de comprensión. Sin embargo, y desde nuestro muy particular punto de vista, es algo más. Pues el problema no es si existió o no una filosofía en el Renacimiento. O si existen ahí producciones filosóficas genuinas. La cuestión es si se considera al Renacimiento como una edad filosófica. La respuesta que se dé depende de qué es lo que cada quien entiende por filosofía. Para nosotros negar al Renacimiento como una edad filosófica implica, a la par de ejercitar una enorme confusión o de dar motivos amplios a un sin número de desvarios, asumir una franca actitud de soberbia. La dichosa soberbia o narcisismo de los modernos que todo lo quieren medir desde la atalaya de su circunstancia histórica. Es esta actitud tan típica de los modernos quienes, al reproducir una mentalidad que al mirar las cosas desde la última cumbre del proceso histórico universal en el que dominan las fuerzas de una racionalidad científica, sostienen que antes del mundo moderno no hay nada digno de interés filosófico. Posiblemente sólo algunos productos de escaso interés y otros muchos francamente deleznable. Y si existe en el pasado algo digno a ser salvado, es el mundo a las producciones filosóficas de la antigüedad. De ahí que lo que comparte el Renacimiento con la Edad Media sean sus densas nieblas. Pero, desde otra trinchera, se piensa que es justo esa mentalidad la que ha colocado al hombre moderno, en especial al hombre greco-europeo, en una situación histórica indeterminada, conflictiva y de confusa ilegitimidad (ver Velázquez, 2007).

Al ser adoptado como la aurora del Mundo moderno, al Renacimiento se le concede atributos inverosímiles ya sea en el sentido de ver en él desde la última expresión de un pensamiento bárbaro hasta un pensamiento infantil al que sólo se le reconocen tímidamente sus inquietudes ingenuas y precoces. En todo caso esta filosofía es comprendida, ya lejos de escatimarle cualquiera de sus logros y alcances, como un momento vital de la experiencia humana que deja por herencia

a la modernidad los principios de un fundamento metafísico del hombre y cuyos referentes cosmológicos continúan siendo incuestionables. Sin ningún afán de extremar las cosas, hoy es imposible no aceptar a la famosa *Oración por la dignidad humana* de Pico Della Mirándola, como el *Manifiesto de la modernidad* (Mirándola, 2002) Es en la cultura del Renacimiento a través de sus propuestas humanistas y filosóficas que se quiere formar al hombre civil y moral a partir de su educación crítica. Una educación que al configurar y motivar una determinada subjetividad, quiere que esta sea, según las actitudes críticas adquiridas, modo y estilo de vida. O, si se prefiere y referido esto concretamente al ethos renacentista, lo que se pretende es forjar y templar una subjetividad que *objetivamente* permita hacer del individuo una creación consciente y calculada: una obra de arte. Tal es el sentido de la revolución de esta cultura (ver Burckhardt, op. cit; Garin, 1981; Esteban, 2002).

Ahora bien, es bastante cierto que hasta la fecha y a más de ciento cincuenta años de la publicación del célebre y excelente estudio de Jacob Burckhardt, *La cultura del Renacimiento en Italia*, el Renacimiento es aún por diversos e injustificables motivos objeto de una infatigable incompreensión. Cosa que, como ya se ha mencionado, no deja de dar motivos para considerar a esta cultura como parte del drama histórico de la actual condición de la modernidad. Sobre todo porque en este tiempo la modernidad, una vez que al parecer retoma de nueva cuenta su ascenso triunfal hacia el futuro siguiendo la imagen de progreso indefinido que ha creado de sí misma, no encuentra ya frente de sí a ningún tiempo pretérito al cual derrotar. Del mismo modo no requiere un fundamento localizado en alguna cultura pasada idealizada. Si se acepta que la raíz profunda de la civilización moderna está en la Grecia antigua y en la cultura latina que forjó Roma, tenemos que preguntar que queda de un imaginario histórico que incluso sirvió para comprender al Renacimiento como esa dichosa aurora de la modernidad. En dónde se detectan esas líneas de continuidad histórica que, entre otras cosas, permita la comprensión del movimiento unitario de la historia europea. Y, en otro sentido, si el Renacimiento es reducido exclusivamente a una edad transitiva en la que a la par de cerrar las puertas del ciclo medieval abre al mundo moderno así como al sentido y horizonte de futuro de la modernidad, por qué las

cosas se dispararon hacia otros confines que poco es lo que tiene que ver con las motivaciones vitales del Renacimiento. En particular con el modo y estilo de vida con el que la modernidad quiso identificarse o reflejarse.

Lo que desde otra perspectiva de interpretación se comprende y admira de la cultura del Renacimiento es haber podido expresarse como una temporalidad tenazmente empeñada en llevar a cabo frontalmente la lucha contra la barbarie. Es a través de esta lucha cuando Europa decide enfrentar la dominación bárbara. Dominación en la que se incluye la escolástica (Garin, 1987, 245) Es a partir de esta lucha que emergen las fuerzas que dan motivos consistentes para hablar de esta cultura ya sea como proceso de ruptura en contra de todo el legado medieval o como momento de transición al que se responsabiliza de ser causa y razón de los procesos civilizatorios de la modernidad. La ruptura resulta ser algo de mayor complejidad en especial por que es aquí cuando brincan y resaltan por doquier todas las profundas razones y motivaciones de orden religiosa, eclesiástica y teológica con las cuales han tenido que confrontarse y templarse intermitentemente la mentalidad y racionalidad modernas.

Sin querer profundizar sobre este complejo asunto habría que aceptar que en lo que a la filosofía atañe, el Renacimiento mantuvo una cordura identificada como una muy discutida reacción antiescolástica. En cierta manera la actitud ante la escolástica es de razones fuertes y sobradas como para sopesar la fuerza y peso que tuvieron en la época Platón y Aristóteles en esta cultura. En general se acepta y reconoce que el Renacimiento fue una edad esplendorosamente neoplatónica. Pero sin asumir posturas absolutas conviene reconocer que fue Aristóteles y su legado una considerable fuerza activa en la vida moral y científica del Renacimiento. Así, el Renacimiento es momento de profundas, vivas y encaradas inquietudes filosóficas por medio de las cuales se quiere fundamentar los términos de la dignidad humana una vez que se ha definido la nueva ubicuidad del hombre al interior de su drama cósmico. Lo que la filosofía del Renacimiento ofrece o quiere son respuestas a los problemas fundamentales del hombre. Nunca soluciones absolutas o definitivas por ser respuestas que al cerrar el cielo, abren el mundo o, mejor dicho,

el universo. Lo estable y permanente de la conciencia filosófica de la modernidad es así determinado como el de un insistente, inevitable y angustioso cuestionamiento sobre el ser del hombre que interroga de mil formas su destino.

En este sentido, lo que aquí se podría decir es que la verdadera hazaña del Renacimiento es haber hecho entender que el hombre no tiene destino más que él único que él mismo llegue a forjar o a elegir. Lo que se quiere decir es que el hombre se encuentra, en efecto, arrojado al mundo, que es su casa. Por ello, una vez que son recuperadas las coordenadas de la acción humana, la dichosa vida activa, que lleva incluso a descubrir nuevas tierras allende el Mediterráneo, el hombre renacentista se siente y sabe parte de una sociedad que al permitir su propio desarrollo individual lleva a desconocer la culpa (Burckhardt, op. cit.) Aquí los sentimientos y pasiones religiosas fueron de otra índole. Cosa que lleva a entender que en la vida cotidiana de Florencia más que cuna de actitudes antirreligiosas o espacio de reproducción de las herejías que azotaron a la Edad Media y que conservaban su vigor carismático, lo que había era la manifestación religiosa en la que la religión, la Iglesia y el Papado formaban parte de las cosas de este mundo. Una simple relación natural o pieza más en una compleja cultura en la que todo era posible; pues la Fortuna, diosa pagana que nutría a la sensibilidad y mentalidad de la época, demuestra que, al igual que nosotros, el Renacimiento nunca supo en verdad como ajustar definitivamente las cuentas con el pasado. Era por ello, como los demás dioses, una fuerza viva que actuaba en el cerebro de los vivos, definiendo destinos. La cuestión de la incredulidad no es una cuestión privativa de la mentalidad moderna. Pues aquí las élites cultas eran producto de una interesante ambigüedad en la que se mezcla con igual criterio la incredulidad con imaginarios o mentalidades supuestamente superadas. La superstición era un factor que, entre otras cosas, marca admirablemente las tendencias del proceso irreversible de la igualación de las clases sociales en la era de la democracia moderna. Pero este es un asunto que amerita ser estudiado detenidamente en otra oportunidad.



BIBLIOGRAFIA

- BATKIN, LEONID M. (1990) *Gli umanisti italiani. Stile di vita e di pensiero*, Roma. Laterza.
- BURCKHARTD, JACOB (1942) *La cultura del Renacimiento en Italia*, Buenos Aires. Losada.
- CHABOD, FEDERICO (1984) *Escritos sobre Maquiavelo*.
- ESTEBAN, LEÓN (2002) *La educación en el Renacimiento*, Madrid, Síntesis.
- GARIN, EUGENIO (1981) *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica.